**El caso del hombre del Yukón y su perro**

**Juan Carlos Capo**

  **I)Argumentos.**En esta ponencia, se hace una apuesta que procede de una práctica de lectura y escritura que implica dar cuenta de una experiencia analítica que se supone y el autor se expone a presentarla como tal. Hacer **caso** del texto de un cuento de Jack London, “La fogata y la hoguera” (3) enfocándolo con el paradigma lacaniano de SIR; más la conferencia del Síntoma en Ginebra; más aportes del escrito “La tercera”, (1a;1b), el artículo inaugural, paradigmático de Lacan sobre el estadio del espejo (1c) y proferir a manera de proclama la necesidad de no guiarse unilateral, excesivamente por nosografías psiquiátricas en análisis (4).

 El conjunto no se resentiría si no se apunta asimismo a metáfora paterna, a la alteridad; y al Otro; más un apunte arriesgado, como podría ser un atisbo siquiera de la noción de la “segunda muerte”.

El inventado *Caso* me ha sido de utilidad, para echar luz rasante sobre cuestiones planteadas por Lacan en textos citados arriba, donde se explayó sobre el cuerpo, la palabra, el lenguaje, el pensamiento.

”La palabra en efecto es un don de lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo”. (1)

“Si el hombre (…)no tuviera lo que se llama un cuerpo no voy a decir que no pensaría (pues esto es obvio) sino que además, [agregado gramatical del autor del artículo] no estaría profundamente capturado por la imagen de su cuerpo”…Decir “imagen de su cuerpo” no significa rehuir la realidad del cuerpo, por el contrario, la enfatiza. Si no hay cuerpo que lo sostenga, si no hay imagen que lo apuntale, el deseo se desvanece (original modificado por autor de ponencia). (1a; 1b).

Dicho de otro modo, el cuerpo es el atracadero o muelle, donde el deseo amarra, lo que abarca desde la erección vital a las erecciones de la vida sexual. Pero si no hay muelle (cuerpo), la “imagen del cuerpo”, el sostén del deseo se desvanece, o se diluye o se hunde, o se disuelve (disolución, disoluto). El friso se enmarca bajo la eventual emergencia de una angustia y una melancolía; una omnipotencia y tal vez la imagen corporal del “excremento retenido del goce avaricioso”. (Es lo que los clásicos de psiquiatría caracterizaban en descripciones fenoménicas de valor, prestando especial atención a las consecuencias, a los efectos de la angustia: despersonalización, desrealización, desanimación).

Lacan se extrema en el uso lexical, no habla de la realidad externa, usa la palabra alemana ***umwelt*** como ***entorno***y es en ese entorno, que la “imagen del cuerpo” *se corporeizará*, y que Lacan enunciará de otro modo: se ***corpo-*** ***reificará.*** (1a)**,** apuntando más a la verdad de lo que está en juego.

 **II)** El Caso.El hombre busca madera en aledaños del río Yukón, tierra helada, donde el frío se afantasma con el ropaje de una muerte blanca, que avanza implacable con temperaturas de hasta ¡setenta y cinco grados bajo cero! (3)

 **Omnipotencia.** El hombre tiene que llegar donde están los compañeros de faena. Ellos están muy lejos, el campamento se encuentra siguiendo el curso de un río, habrá un alto en el camino, habrá que hacer una hoguera, comer y seguir. Accidentes de la trayectoria, el hombre terminará luchando por poner buen remate a tres hogueras. Para ello, deberá despojarse de manoplas, dejar desnudos los dedos de las manos, lo que es una audacia muy peligrosa para volver a reencontrarse con sus extremidades y poder avanzar rápido sobre el helado curso del río y sus trampas. (3)

  **El instinto del animal. Ausencia de imaginación del hombre.** El hombre viene con un perro al que el hombre envidia en su instinto que lo protege más que a él del frío reinante, casi mortal. El hombre sabe hacer las cosas,” pero no es inventivo”, y aunque no capte el significado de variadas cosas, hasta ahora se ha podido arreglar para ejercer un relativo dominio sobre sí. Pero nunca trató bien a su perro. La voz de mando ha restallado en los oídos del animal como un latigazo, siempre; pero nunca el perro sintió que su amo se acercara a él con amor. Y su instinto “le dice al animal” que aquel día tan frío no era un buen día para viajar. “El perro había aprendido lo que era el fuego y lo deseaba; y si no el fuego, al menos hundirse bajo la nieve y acurrucarse en su propio calor lejos del aire”. (3)

 **Primeros cambios.** El frío hacia que la escarcha se depositara en la pelambre del perro, y también en el hombre, al mascar tabaco, se formaba una “ampolla de ámbar” sobre su barba rojiza y su mentón se iba alargando poco a poco; entonces la abertura de su boca, de ahí en adelante, estaría cerrada para introducir alimentos. Eso traería aparejado dificultades en su decir, su masticar y hasta en su pensar.

 **El viejo del Arroyo del azufre.** (Esto puede ser tomado como un *sobre-recuerdo,* una rememoración imprescindible, un plus de imaginación añadida, puesto que rara vez el hombre de mi Caso, así pensaba). Él podía hacer el esfuerzo de evocar, como si fuera hombre que supiera, pero también el recuerdo de la imagen y pensamientos del Viejo del azufre, se alzaban ante su mirada. Y por otra parte, ante el perro, el hombre le aparecía al animal como un hombre débil, como un amo a quien se podrá captar con desprecio, por su tenacidad enajenada. Otras veces, en revancha, el hombre se burlaba del Viejo. El Viejo le había advertido que hacer ese trayecto casi mortal solo podría hacerlo si contaba con la compañía de otro. El hombre recordó que cuando el Viejo se lo dijo, él se había echado a reír. La alteridad en el sentido de la presencia de un socio, de una compañía, habría sido en este caso la salvación. Pero desoyó el consejo, se burló del Viejo, la fantasía de omnipotencia lo cegó, (2), se impuso la ceguera de la denegación, y terminó por rechazar sus advertencias. (2). En cuanto al perro, el instinto le decía que no era razonable, “ni bueno, ni sensato echarse al camino con aquel frío salvaje”. “Aquel hombre no sabía lo que era el frío. Probablemente sus antepasados habían ignorado lo que era el auténtico frío, el que llega a setenta y siete grados bajo cero”. Pero no había una “auténtica compenetración” entre el animal y el hombre. “El uno era esclavo del otro y las únicas caricias que había recibido eran las del látigo y los sonidos guturales sordos y amenazadores que los precedían. Por eso el perro no hizo el menor esfuerzo por comunicar al hombre su temor. Su suerte no le preocupaba; si deseaba volver junto a la hoguera era exclusivamente por si mismo”. (…)

**El pensamiento, el cuerpo, la imaginación.** “Lo que le pasaba era que carecía de esta última”. “Era rápido y agudo para las cosas de la vida, pero solo para las cosas, y no para calar en el significado de las cosas. (…) Cuarenta y cinco grados bajo cero significaban para él la quemadura del hielo que provoca dolor y de la que había que protegerse por medio de manoplas, orejeras, mocasines y calcetines gruesos.”

“El hombre iba acompañado de aquel perro esquimal, hermano del perro lobo; a éste su instinto le hacía saber que con aquella temperatura ´aquel no era día para viajar´.

**Trampas de la naturaleza**.- La experiencia del hombre, el instinto del perro les advertían a ambos de la trampa que era caminar sobre la superficie helada del río. A regañadientes, el perro obedecía al amo e iba delante. Pronto el hielo cedió, el perro cayó y pudo salir del agua enseguida, pero ya se le había formado un estuche de hielo en torno a sus patas. Con ayuda de sus dientes quebró el hielo, el hombre se sacó una de sus manoplas y le ayudó. “La acción no le llevó al hombre más de quince segundos y, sin embargo, notó que la sensibilidad huía de sus dedos. El hielo se prendió a su mano con feroz mordedura. Se golpeó repetidas veces las manos sobre sus muslos, pero sin resultado”.

**El emprendimiento de las tres hogueras.** Igual se detuvo a almorzar. Esa fue la primera fogata que encendió y no hubo problemas con ello. Sin embargo la mordaza de hielo le hizo difícil abrir la boca. “Aquel hombre del Arroyo del Azufre había tenido razón al decir que en aquella región el frío podía ser estremecedor”. Se había consumido el almuerzo, y habiendo apagado la hoguera, prosiguieron la marcha.”El hombre se metió en la boca una nueva porción de tabaco y dio comienzo a la formación de otra ‘barba de ámbar’.”Pero de pronto sucedió. En un lugar donde nada advertía del peligro (…) el hombre se hundió. Ahora tendría que *encender una nueva hoguera* y esperar a que se le secaran los calcetines y los mocasines. (…) Pero a sesenta grados bajo cero es imposible hacer circular la sangre con unos pies helados y empapados.

**III) Final.** Ya no sentía los pies. La sangre de su cuerpo retrocedía…”se hundía en los recovecos más profundos de su cuerpo. Y nunca había sospechado que los dedos pudieran quedar sin vida en tan poco tiempo. Los gruesos calcetines alemanes se habían convertido en gruesas láminas de hierro que le llegaban hasta media pantorrilla. Los cordones de los mocasines eran cables de acero anudados y enredados en extraña pugna”, y fue preciso cortarlos a cuchillo. Pero antes, ocurrió la tragedia. “En lo más alto de una rama creció la nieve que luego cayó como una avalancha sobre la hoguera”. Fue como si el hombre hubiera oído su sentencia de muerte. (…) “Dejó de pensar en sus pies, su nariz y sus mejillas heladas y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de *encender una tercera hoguera*, pero antes tenía que recoger las cerillas dispersas en el suelo y esto solo pudo hacerlo con los dientes. Con la base de las manos logró hacer brotar el fuego. Pero sintió olor a carne quemada. Esta fue la causa de su fracaso en encender la hoguera.” Tuvo que mirar al suelo para asegurarse de que se había levantado, porque la ausencia de sensibilidad en los pies le había hecho perder contacto con la tierra (…) comprobó con sorpresa que las manos no se cerraban, que no podía doblar los dedos, ni notaba la menor sensación.”El hombre se buscó las manos con la mirada y las halló colgando de los extremos de sus brazos”…”cayó en la cuenta de que ya no se trataba de perder unos cuantos dedos de las manos y los pies…se echó a correr, le parecía que se deslizaba sobre la superficie, sin tocar siquiera la tierra. De pronto se le ocurrió que el hielo debía ir ganando terreno sobre su cuerpo. Una o dos veces sintió pánico, echó a correr y en los dos intentos cayó. Entonces ya no tuvo más pánico y se dispuso a afrontar la muerte con dignidad. Primero se imaginó a él mismo como si fuera una gallina que corría con la cabeza cortada. Después se imaginó el momento en que sus compañeros lo encontrarían al día siguiente. De pronto se vio avanzando junto a ellos en busca de su propio cuerpo. (…)Ya no era parte de si mismo porque había escapado de su cuerpo y junto a ellos se miraba verse muerto sobre el hielo.”

**Coda.** . (…) Conforme el crepúsculo se fue apagando, fue dominándole el ansia de la hoguera, y mientras alzaba y movía las patas delanteras, comenzó a gañir suavemente, al tiempo que agachaba las orejas en espera del castigo del hombre. Pero el hombre permaneció en silencio. Más tarde el perro se quejó más fuerte, y más tarde aún se acercó al hombre, hasta que olfateó la muerte. Se irguió de un salto y retrocedió. (…) Luego se volvió y avanzó por el camino a un trote ligero, hacia el campamento en el que otros hombres proporcionaban alimento y fuego”.

**RESUMEN**

Esta comunicación toma como Caso un cuento de Jack London. A propósito de él, primero se hace la argumentación de doctrina analítica que lo sustenta y, en un segundo tiempo, se toma (en exceso) del escritor las peripecias del hombre del Yukón y su perro, sobre las heladas superficies en tierras de Alaska, en retorno al campamento, donde han de encontrar presencia humana, alimento y calor.

La ponencia quiere ilustrar nociones tales como: -instinto, -pensamiento, -imaginación, -cuerpo, -palabra, -lenguaje, -imagen traída por la palabra, e imágenes corporales que capturan al hombre y al perro. El resultado de soledad, invención, vida y muerte corridas por la pareja de hombre y animal, solos, sin ninguna otra presencia, marcan tema de alteridad, incluida la rememoración reiterada que el hombre se hace de la imagen sentenciosa del Viejo del Azufre, y que el lector podrá leer en diferentes modos y sentidos.

**BIBLIOGRAFÍA**

-1) **LACAN, J.** En “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” en Escritos 1.Pág.289. Siglo XXI editores. México. 2003.

1a)\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_En “Intervenciones y textos.2”. “Conferencia de Ginebra sobre El síntoma”.1975. Manantial. 1988.Argentina

1b)\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_En “Intervenciones y textos.2”. “La tercera”. Manantial. 1988.

1c)\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_En ”El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia analítica”. Escritos 1.Siglo XXI editores.1966 (1999, edición revisada y ampliada). 2008. Buenos Aires.

**-**2) **LE GAUFEY, G.** “Une archéologie de la toute- pouissance”. D’où vient l’A barré. Epel. París.2014.

**-**3)**LONDON, J.** “El fuego de la hoguera” en Antología del cuento norteamericano.Seleccionada y prologada por Richard Ford. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores. 2002. Barcelona.

-4)**MELENOTTE, H.G.** En “Sobre lo indispensable de no recurrir a las categorías psiquiátricas en el análisis.” En Revista de Psicoanálisis “Me cayó el veinte”, No. 32 “Acontecimientos ínfimos”. México, 2015.Impreso en Montevideo, Uruguay.